

LA PLURALIDAD ÉTNICA Y LA NACIÓN COLOMBIANA: *una historia política*

Efraín Jaramillo Jaramillo
Colectivo de Trabajo Jenzera
2008

Estas notas del Colectivo de Trabajo Jenzera hacen parte de una permanente búsqueda de nuevos sentidos y rutas que propicien encuentros y alianzas entre pueblos culturalmente¹ diferentes, pero semejantes en la adversidad y unidos por las humillaciones, ofensas y vejámenes que han sufrido por parte de las elites que han gobernado a Colombia desde la conquista hasta hoy. Plantean también un propósito y compromiso con un cambio social y cultural, “que sólo puede ser frenado cuando se alcance la felicidad” (Louis Saint-Just.).

El antropólogo *Leslie White* acostumbraba a decir que las teorías antropológicas a menudo nos decían más sobre los antropólogos, que sobre la materia objeto de su estudio. Decía también que dependiendo de la teoría del antropólogo, el objeto de estudio cambiaba no sólo de forma, sino también de esencia a los ojos del observador. De esta manera relativistas, culturalistas, evolucionistas, funcionalistas, estructuralistas, marxistas u otros –istas, ofrecían diferentes interpretaciones sobre su objeto de estudio. Estas diferencias conceptuales, que parecen habituales en la antropología, no hubieran tenido un efecto pernicioso en nuestro medio, si las ideas que llegaban a nuestras tierras, hubieran encontrado mentes abiertas y creativas, pero también ambientes intelectuales críticos, que hubieran examinado los contextos históricos y sociopolíticos en que fueron concebidas, antes de aplicarlas. Si hubiéramos observado esto no hubiéramos sido escolásticos ni librecambistas, no compraríamos modelos de desarrollo, sino que desarrollaríamos nuestros propios modelos, acordes con nuestra realidad y necesidades.

La frivolidad de muchos antropólogos y el dogmatismo de nuestra formación eclesiástica, junto a una ausencia de categorías críticas que orientaran la acción indigenista, abonaron el terreno para que echaran raíces toda suerte de ideas, corrientes del pensamiento y teorías sociales, que una vez tocaban tierras americanas se convertían en doctrinas que había que defender, difundir y aplicar. Si la teoría no estaba sintonizada con la realidad, peor para la realidad. Un ejemplo de ello lo tenemos en la ya legendaria teoría de las nacionalidades indígenas que nos llegó de México, un país donde existen pueblos indígenas preponderantes en varias regiones por su peso poblacional y sus logros culturales y políticos. Aquí algunos epígonos colombianos se dieron a la brega de aplicarla, imaginando este país dividido en un igual número de naciones, según las etnias indígenas existentes. Les faltó a estos

¹ En este texto utilizamos la noción de cultura en el sentido que le da a la antropología, que la define como *el conjunto de procesos simbólicos y espirituales, a través de los cuales se comprende, reproduce y se transforma la estructura social. Incluye por lo tanto todos los procesos de producción de sentido y significación y las formas que se tiene de vivir, pensar y percibir la vida cotidiana.*

antropólogos observadores la lógica pragmática del economista y matemático *Walras*, que recomendaba que antes de aplicar el teorema de Pitágoras ($h^2 = c^2 + c^2$), había que verificar que se tratara de un triángulo rectángulo. Aplicaron la fórmula mexicana de las nacionalidades, sin mirar el contexto colombiano y de paso, creando cismas en el naciente movimiento indígena caucano. En México esta teoría había nacido como respuesta a las pretensiones del Estado mexicano de disolver a los pueblos indígenas, asimilándolos e integrándolos a la sociedad mexicana, es decir, en un contexto político muy particular que no se daba en Colombia, en donde los indígenas, juntándose al movimiento campesino, comenzaban a recuperar las tierras de sus ancestros y estaban muy lejos de imaginarse que sus luchas conducían a crear la Nación páez, guambiana, embera, Wayuu, etc.

Cuando los indígenas, los así llamados “objetos de estudio”, cansados de ser observados, interpretados y definidos, se “vuelven desobedientes”, exigen ser tenidos en cuenta, reclaman su propia definición y aspiran a ser sujetos de su desarrollo, comienza a cambiar el panorama. “*Con la irrupción del otro en la escena*” (Humberto Eco) se renueva el lenguaje y toman cuerpo los conceptos de *autonomía, desarrollo propio, multiétnicidad e interculturalidad*. Hasta entonces la “conciencia posible” (*Lucien Goldmann*), para concebir los nuevos Estados que se estaban formando en América, era el Estado-Nación, a semejanza del que surgía en Francia con Napoleón y como se crearían en Italia con Garibaldi y en Alemania con Bismarck. El Estado unitario y la Nación homogénea fueron hasta la década de los 80 del siglo pasado, el ideal de las Repúblicas latinoamericanas. Ahora las cosas han cambiado y la cuestión étnica se ha tornado en uno de los más importantes y complejos desafíos socio-políticos para el Estado y para la Nación colombiana.

Pero hasta ese entonces había transcurrido mucha historia.

Los intelectuales más destacados que habían venido pensando la Nación homogénea, habían identificado en el mestizaje racial, la fórmula ideal para su construcción. El argumento central era que por medio del mestizaje se superarían por un lado las deficiencias de indios y negros —considerados pobres de juicio y de imaginación— para formar una sociedad y una Nación, tal como sucedía en Europa. De otro lado se superarían también las limitaciones de los europeos —considerados los más inteligentes y más capaces— para adaptarse a climas y medios geográficos catalogados como hostiles. De este mestizaje, que *José de Vasconcelos* calificaría de “fecundo”, emergería entonces un hombre nuevo que superaría las incapacidades y limitaciones fundadas en el color de la piel, la raza y el medio ambiente geográfico.

Es con *Simón Bolívar*, hijo de la *ilustración* y de la revolución francesa, que la idea del mestizaje como solución para la Nación homogénea, pierde vigor en la llamada Gran Colombia. Aunque Bolívar era también de la idea de que la Nación debía ser homogénea, aspiraba sin embargo a que se superaran las diferencias étnicas, construyendo una identidad nacional, ya no a partir de la asimilación racial, sino a partir de la adaptación de todos los individuos a una cultura política “cívica”, más amplia, donde las lealtades étnicas, culturales y religiosas no fueran la base de la identidad nacional, pues se estaría manteniendo abierto el espacio para reventar en pedazos a la naciente Nación. Se trataría entonces de una especie de patriotismo basado en la noción de *ciudadano*, que para

Bolívar sería la forma ideal de compaginar la pluralidad étnica y cultural con un orden social representado en un Estado.”

Según Bolívar la condición de *ciudadano* solo la adquirirían los hombres en libertad y sin apremios económicos. Esta idea la tomaría de los pensadores de la ilustración, ante todo de *Juan Jacobo Rousseau*, que argumentaba que dentro de la esclavitud, los esclavos pierden todas sus facultades y llegaban incluso a amar la esclavitud y a perder el deseo de liberarse. “*El alma de un siervo, dice Bolívar al referirse al Perú, rara vez alcanza a apreciar la sana libertad, se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas*” (Carta de Jamaica, 1815).

Su ya célebre frase para definir los estamentos de la sociedad, que recién se independizaba del poder colonial, es de un significado proverbial. Decía Bolívar sobre los criollos (hijos de españoles nacidos en América) que, “*no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles*”. (Carta de Jamaica 1815).

Cuando Bolívar define a los españoles como “*usurpadores*” y a los indígenas como “*legítimos propietarios*”, implícitamente está delineando la tarea que le corresponde a los criollos que están en medio: quitarles la tierra a los usurpadores y devolvérsela a sus legítimos propietarios. Era la única vía para convertir a los indios en ciudadanos. Aquí Bolívar está por lo tanto enunciando en su propia historia, como criollo que era, la causa de los aborígenes. Este planteamiento de Bolívar nos remite al problema central, aún no resuelto, sobre la formación de nuestra nacionalidad: que para hacerla realidad la población indígena y negra debía adquirir la *ciudadanía*, es decir, debía tener la capacidad para ejercer sus derechos, algo que estaba lejos de volverse realidad, pues todavía se libraban las luchas emancipadoras, no se habían restituido los derechos usurpados, fundamentalmente los territoriales, a sus “*legítimos propietarios*” y los negros² vivían en estado de esclavitud.

Bolívar era consciente de la lucha que tendría que librar a fin de construir la Nación: Se tenían que restituir los derechos territoriales a los pueblos originarios y abolir toda suerte de esclavitud. Si los criollos, una vez culminadas con éxito las guerras de la independencia, no restablecían estos derechos, significaba sencillamente que se había cambiado de amos y señores, pero persistía el *derecho de conquista*, impuesto por los españoles. Reiteramos: este era el dilema a resolver para la construcción de la Nación. Así también lo había intuido el precursor de la independencia, Antonio Nariño: si se quería poner las bases para un Estado-Nación (Bolívar hablaba de una gran patria, mirando un horizonte mayor:

² Aquí utilizamos el término de <negro> para referirnos a la población arrancada de África y traída a América por los sistemas esclavistas. Seguimos la idea de Franz Fanon de que aunque el término genérico de <negro> salió de la boca del opresor, también es apropiado por el oprimido para su liberación. Aquí Fanon implícitamente está afirmando que si como negros fueron dominados, como negros tendrán que buscar su liberación. Lo mismo vale para el término de indio. Franz Fanon: negro antillano nacido en Martinica en 1925, estudió medicina en Francia y dirigió el hospital psiquiátrico de Argelia. Es considerado el ideólogo del Movimiento de Liberación de Argelia, al cual se unió en 1954. Murió en Estados Unidos en 1961. En ‘*Piel negra, máscara blanca*’ y ‘*Los condenados de la tierra*’, Fanon desarrolló la teoría de que la génesis de las enfermedades mentales de los argelinos (en general de todos los pueblos colonizados) había que buscarla en las condiciones impuestas por el colonialismo.

Latinoamérica), una vez vencidos los “*usurpadores españoles*”, se tenían que restituir los derechos territoriales a sus “*legítimos propietarios*”.

La apropiación que había hecho Bolívar de la causa de los negros y de los pueblos originarios, no hizo escuela en América, pues eran más fuertes los poderes de la clase criolla emergente, que se beneficiaba de las tierras y bienes arrebatados a los españoles. Repudiado por los criollos, habiendo sobrevivido a dos atentados, Bolívar marchó al exilio. Murió en Santa Marta. Otro prócer americano de la independencia, *José Gervasio Artigas*, buscó refugio en Paraguay, “*acompañado sólo por su guardia personal de 250 lanceros, hombres y mujeres, todos negros y entre ellos Ansina, compañero de Artigas, hasta la muerte*”³. No le perdonaron los criollos a Artigas que a su paso victorioso, fuera liberando esclavos. Los *Camba Cua* —cabecitas negras en guaraní— son hoy sus descendientes. Carlos Alfonso Rosero nos recuerda que en una de las acciones para repeler “*los muchos intentos por terminar de despojarlos de las últimas tierras que les quedan, de las que les fueron asignadas en el siglo XIX, colocaron sus banderas de barras horizontales azules y blancas sobre sus casas, entonaron el himno de la República Oriental del Uruguay y se negaron a ser tratados, en esta tierra a la que llegaron por leales, distinto a lo que eran: invitados de honor*”⁴.

La negación de los derechos y las ideas sobre la desigualdad de los hombres

La historia de Colombia, es desde sus orígenes una historia de negaciones. Los españoles le negaron la humanidad a los indios: “*homúnculos*”, como fueron llamados, no tendrían derechos ni capacidad de gobierno. Posteriormente a miles de africanos les fueron negadas sus vidas y libertades por medio de la esclavitud. No obstante había algo común en estas negaciones: era llevada a cabo por pueblos que renegaban de sus orígenes culturales judíos y mozárabes. Esta negación se llevaba a cabo para implantar en América la esclavitud a los aborígenes y a los negros. Pero esta negación la extendieron a todo lo que fuera de América. Por el sólo hecho de nacer en ella, se era ciudadano de segunda clase y al menosprecio de sus habitantes, se unió el menosprecio de su flora, su fauna y sus territorios. Con el paso de los siglos y muchas luchas al interior de la iglesia, se le reconoció la humanidad a la población aborigen y con Alexander Von Humboldt se reconoció que la naturaleza de América, su flora y su fauna, no tenían nada que envidiarles a las europeas. No obstante perdura en muchas mentes la idea de que las culturas y territorios no tienen un valor en sí mismos.

Una iglesia al servicio de la corona española también hizo parte de las corrientes que les negaban identidades particulares a aquellos que tenían otras creencias. A finales del siglo XIII, el canonista católico llamado “El Ostiense”, fijó doctrina al afirmar que el Papa, como representante de Cristo en la tierra tenía potestad no solamente sobre el mundo cristiano, sino sobre el de los infieles. Años después, en el siglo XIV, Johann Wycliffe, continuaría desarrollando la doctrina y afirma que “*la falta de gracia del hombre injusto que vive en pecado mortal, hace que carezca de dominio propio*”. Los derechos de los impíos podían

³ Rosero, Carlos: “*Alcances, limitaciones y posibilidades de la resistencia civil*”, en Revista ASUNTOS INDÍGENAS 4/03 de IWGIA.

⁴ *Ibidem*

entonces ser trasladados, “*en derecho y por justa causa*”, a los cristianos. Esta doctrina que se emplea en la guerra contra los moros, durante la reconquista española, es trasladada a América. De esta forma la condición religiosa se convierte en el pilar del dominio de los conquistadores católicos sobre los indios infieles y fundamenta el “*derecho de conquista*” de España. Intentos que se dieron para defender los derechos de los así llamados infieles, sólo fructificarían muchos años después, cuando una corriente humanista comenzó a gestarse en el mundo cristiano⁵.

La iglesia se uniría siglos después a la cruzada por la homogeneización de la sociedad: todos somos iguales a los ojos de Dios⁶. Pero para llevar a cabo esta empresa y poder realizar la comunión y hermandad de todos los hombres en Cristo⁷, buscaron definir, como lo haría cualquier antropólogo, su objeto de estudio. Y allí de nuevo fue Troya, pues como sucedió varios siglos atrás, cuando discutían si los indígenas tenían alma para merecer la gracia divina, ahora encontraban con que además de tener alma, los indígenas tenían también sus propias creencias y maneras de entender el mundo, que diferían substancialmente de la religión de Cristo. Y en este campo no han encontrado un camino diferente al de la evangelización.

Pero hay iglesias de iglesias. Las más retardatarias todavía hablan de paganismo y de superstición de pueblos sumidos en la oscuridad, para referirse a aquellas culturas que no siguen el Evangelio. Las más progresistas hablan de que se encuentran en un proceso de diálogo intercultural. No obstante todas portan ese arrogante y a la vez paternalista talante que asumen, debido a que consideran que sus creencias son superiores.

La independencia de España no significó que la nueva República asumiera su pasado negro o indio. Por el contrario las elites criollas vieron a indios y a negros como rezagos de un pasado que había que superar, pues eran un obstáculo para el progreso y la civilización de Colombia. Abrazando la corriente en boga del liberalismo económico, y usurpando el término de “*liberal*” —que en su sentido histórico significa ser *generoso, humanista, prodigo, altruista y desprendido*— les negaron a indios y a negros los rasgos étnicos distintivos de sus identidades. Paradójicamente esta negación se hacía en nombre de “*la libertad y la Igualdad de todos los hombres*”.

La cara bondadosa de la iglesia y el sentido igualitario de las doctrinas liberales no han logrado superar el racismo manifiesto en la sociedad colombiana. No hay mejor indicio para ver la inocuidad de sus acciones en busca de la igualdad que predicán, que los hechos que bien entrado el siglo XX, todavía sucedían en el país: en los Llanos Orientales de Colombia se cazaba a los “*Cuibas*”, indígenas nómadas de las llanuras. A ésta práctica se la denominaba “*cuibiar*” en aquella región. Eran cazados como fieras por los descendientes de aquellos que en el siglo XIX exportaban desde el Puerto de Orocué piel de indio para hacer las caperuzas

⁵ Uno de los más destacados personajes de la iglesia, que se abanderó de la causa de los indios fue Fray Bartolomé de las Casas. Decía de las Casas, que dentro de los infieles había reyes y señores que por su dignidad recibían de la naturaleza el “*Don de Gentes*”.

⁶ Ya San Agustín en el siglo IV habla de la hermandad de todos los hombres, y no únicamente ante Dios (en el sentido abstracto del alma), sino aquí en la tierra.

⁷ Todos los hombres estamos llamados a una vida común en Cristo, ante el cual todos somos iguales.

que adornaban las lámparas de excéntricos europeos. Aún en Colombia hay educadores que reprenden a niños indígenas por no mostrar una buena disposición para aprender el castellano. Y hace pocos años un conocido representante del partido liberal manifestaba que la raíz de todos los males de los pueblos indígenas era su persistencia en lo *colectivo* y *comunitario*, refiriéndose a las formas de concebir la tenencia de la tierra, el trabajo y la distribución de bienes. Decía este personaje, que los indígenas vivían bajo "*sistemas anacrónicos*", en un mundo donde precisamente los sistemas colectivos del Este se derrumbaban. Recomendaba entonces, para guiarlos hacia la senda del progreso, abolir los resguardos y entregarles títulos individuales sobre sus tierras, pues no deberían existir barreras a la iniciativa privada, que era la que propiciaba el desarrollo.

Para la izquierda tradicional, la problemática étnica ha sido catalogada como una "contradicción secundaria", que podría interpretarse como los "problemas de seres de segunda clase". Peor aún, las demandas de aquellos pueblos y grupos que reclaman autonomías, exaltan órdenes comunitarios y decisiones colectivas, no merecen consideración, pues este tipo de intereses particulares serían un obstáculo para la unidad del pueblo. Sólo fusionando todas las expresiones sociales, políticas y culturales se puede converger en un movimiento para superar el escollo de el Estado capitalista. Semejante a la homogeneidad que nos plantea la iglesia al hermanarnos en Cristo, aquí seríamos todos iguales, hermanos de clase. Existe en ambas doctrinas una manifiesta discapacidad para pensar las nuevas realidades de nuestro tiempo, en especial las que irrumpen en la escena política con movimientos sociales generados por demandas étnicas y de género.

Estas posiciones a menudo son difíciles de visualizar, debido a la usual retórica de las organizaciones y partidos, que incorporan en sus discursos las demandas de negros e indígenas, como una manifestación de su solidaridad con estos pueblos, pero sin asumir (la mayoría de las veces sin entender), las implicaciones que tienen para su propia práctica, estas manifestaciones de apoyo y solidaridad.

Estos desconocimientos y negaciones que hemos enunciado aparecerían como actitudes caprichosas, si no hubieran estado orientadas fundamentalmente a despojar a estos pueblos de la potestad que tienen sobre los territorios y los recursos, que es lo que realmente les ha interesado a los conquistadores y colonizadores de ayer y de hoy.

Ahora podemos entender porque indios y negros tendrían que esperar más de un siglo de vida republicana, para que con la Constitución Política de Colombia de 1991, el Estado conciliara sus interés con estos pueblos, reconociéndoles sus derechos fundamentales al definir el carácter multiétnico y pluricultural de la Nación. Y también podemos entender la intransigencia que encontraron estos pueblos en la sociedad colombiana, cuando comenzaron a plantear la multiétnicidad de la Nación: un año antes de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente y para prepararse a lo que sería la celebración oficial de los "500 años del descubrimiento de América", indígenas y colaboradores de sus luchas iniciaron lo que se llamó la "*Campaña de Autodescubrimiento de nuestra América*", precisamente buscando que se entendiera la multiétnicidad y la riqueza que esto significaba para el país.

No obstante esta campaña de sensibilización, los candidatos negros no recibieron el apoyo esperado y en las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de 1991 no obtuvieron ningún escaño. Y los indios, solo debido al reconocimiento de sus luchas y sus esfuerzos organizativos lograron dos puestos. Un tercer puesto lo obtendría el desmovilizado movimiento armado Quintín Lame⁸.

A partir del V centenario en 1992, la mayoría de los países latinoamericanos, comenzaron a reconocer constitucionalmente el carácter multiétnico de sus sociedades. Aunque estos reconocimientos fueron un logro de las luchas de los pueblos indígenas y negros, ayudaron dos hechos coyunturales: Después de 500 años los gobiernos latinoamericanos no quisieron “colgarse la lápida” de haberse opuesto a una renovación de los ordenamientos legales en favor de los indígenas, de acuerdo a las recomendaciones de muchas entidades nacionales e internacionales que trabajan en el campo de los derechos humanos y de los derechos de los pueblos indígenas de todo el mundo. El otro hecho es que a partir de la década de los 90, comienzan a desplomarse regímenes centralistas y autoritarios, a la vez que comienzan a surgir aspiraciones étnicas que se creía eran cosas del pasado. Esta tendencia que observamos a nivel mundial, influyó a muchos gobiernos latinoamericanos para reconocer a sus pueblos indígenas, así fuera en el papel, los principales derechos fundamentales.

A pesar de este reconocimiento general a nivel latinoamericano, ningún Estado, con excepción de Bolivia y Ecuador, ha mostrado voluntad política para eliminar las condiciones económicas, políticas y culturales que excluyen y marginan a los pueblos indígenas y negros. En algunas regiones de Colombia (principalmente en el Cauca), pero ante todo en el sur de México (Chiapas), han sido los propios pueblos indígenas los que con sus movilizaciones han presionado —con logros limitados— para que se pongan en práctica los derechos reconocidos en sus constituciones políticas.

La defensa de la igualdad de todos los hombres: las ideas que revolucionaron a América

Una vez establecidos los primeros contactos con los aborígenes de América, comenzó a desvanecerse la imagen de “especies monstruosas de hombres”, a los cuales se les podía privar de la vida. A esta imagen de “homúnculos” le sucedió la imagen del “indio como bárbaro”, que no era otra cosa que el traslado a América de la imagen del “sarraceno” (árabes y turcos), que “ponían en peligro los límites de la cristiandad”.

En la medida que De Las Casas tenía éxito en sus gestiones en favor de los indios y los letrados de la iglesia reconsideraban el origen divino de la desigualdad de los hombres⁹ y la

⁸ Este grupo armado había surgido en el seno de las luchas indígenas del Cauca, para frenar el aniquilamiento de sus líderes, por parte de terratenientes y grupos armados, que como las FARC, le negaban a la organización indígena caucana, el CRIC, el derecho a representar políticamente a sus comunidades.

⁹ Hasta ese entonces la iglesia no había manifestado un interés diferente al de participar de la empresa de conquista. No de otra forma se puede entender que haya pasado por alto las ideas de San Agustín (354-430), 11 siglos antes. Afirmaba Agustín que todos los hombres eran iguales, por más diferencias que se encontraran

naturaleza de los aborígenes, se comenzó a diferenciar la Conquista de América de la guerra contra los sarracenos, pues aquellos ni ponían en peligro las fronteras de la cristiandad, ni poseían tierras de cristianos. Comenzó entonces a surgir la idea de que la guerra hecha a los indios era injusta. No obstante no se los desposeyó del calificativo de infieles, con el cual se legitimaría el dominio temporal del Papa y el rey sobre todas las tierras de América.

El primer discurso importante en la defensa del indio fue el de *Francisco de Vitoria (1486-1546)*, quien refutó la legitimidad de estos derechos del Papa y del rey. De Vitoria, basado en Santo Tomás, argumentó que la infidelidad no quitaba ni el derecho natural ni el humano. Y ya que los dominios eran de derecho natural o positivo, no podían perderse por razón de la falta de fe. No obstante De Vitoria dejó abierta la puerta al absolutismo, al afirmar que los indios por su ignorancia en asuntos de la cristiandad, estaban incapacitados para gobernarse, hecho por el cual deberían ser regidos por los más prudentes. Pero importante de De Vitoria es que no aceptaba los móviles económicos, como único objetivo para la conquista de otras tierras, como si lo planteaba *Tomás Moro (1478-1535)*, canciller de Enrique VIII. Con esta doctrina de Moro germina la expansión del colonialismo inglés en África, América, Asia y Oceanía.

El cuestionamiento de la legitimidad del Papa y del rey, junto a la defensa del indio hecha por Fray Bartolomé de las Casas, dividieron a España. Los doctores de la iglesia con gran complejo de culpa, tuvieron de nuevo que revisar su imagen del indio. Ante todo dieron lugar a la expedición de “las nuevas leyes de indias”, que son el intento de adoptar una política más humana en las colonias.

Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) no es solamente uno de los más destacados pensadores de la Ilustración. Es también el más apasionado defensor de la libertad, defensa que le acarrió las mordaces sátiras de *Voltaire*, que dieron lugar al concepto de “buen salvaje”. Los caricaturistas de la época se regocijaban, pintándolo desnudo y trepado en un palo, lanzando gritos salvajes. Esto debido a la defensa que hace del “estado de naturaleza”, en el cual el hombre era feliz:

“Pregunto, si en tiempo alguno se ha oído decir que un salvaje en libertad haya siquiera intentado quitarse la vida y darse muerte. Júzguese pues, con menos orgullo, de que lado está la verdadera miseria”.

Para Rousseau, aunque no desconoce que hay desigualdades naturales, la verdadera desigualdad surge cuando el hombre abandona el estado de naturaleza, con la división del trabajo para aumentar la producción y satisfacer las necesidades que van creando los hombres.

Es en ese momento de abandono del estado de naturaleza, donde las desigualdades naturales juegan un papel importante en la desigualdad política, económica y social. El

respecto a las costumbres, el color de la piel, sus lenguas, voces, etc. Esto se debe quizás a que Agustín era africano, nacido en Tagaste (antigua provincia de Numidia, hoy Argelia) y tenía más contacto con otros pueblos.

aumento de la producción lleva a la partición de las tierras, que es la que origina la propiedad privada. Por medio de la propiedad privada el poder y el prestigio se convierten en los valores fundamentales de la sociedad. Y recogiendo el pensamiento de *John Locke*, para el cual “no es posible que haya injuria, en donde no hay propiedad privada”, afirma que “no hay poder sin sometimiento, ni prestigio sin menosprecio e injuria”.

Rousseau funda su pensamiento en la naturaleza y en el hombre, y rechaza la teoría del origen divino de la sabiduría, la propiedad, la servidumbre y la desigualdad. Contradice igualmente la idea de Aristóteles sobre la “servidumbre natural”¹⁰. Y refuta el determinismo geográfico, que estaba planteado en uno de los libros más importantes de la época: “El regimiento de los príncipes”. En este texto se dice que Tolomeo había probado en el “Cuadripartito”, que las costumbres de los hombres son diferentes en razón de las constelaciones celestes, ya que los astros tenían influencia en la voluntad de los hombres. De allí que se concluya que unas regiones eran aptas para la esclavitud y otras para la libertad¹¹. Rousseau rechaza por supuesto, también la idea de que sea justa la guerra contra aquellos, que nacidos bárbaros, rechacen el dominio de los más prudentes.

Veamos como explica el surgimiento del estado. El *estado de naturaleza* es la primera época de la humanidad. Al abandonar el estado de naturaleza, el hombre entra en su segunda época que es la *sociedad civil*. Esta sociedad civil es producto de un pacto, un *contrato social* en el cual los hombres, para conservar su libertad individual, entregan a la colectividad gran parte de sus libertades naturales: a la *libertad natural* le sucede la *libertad civil*. La colectividad al delegar por voluntad general el poder en los gobernantes crea al *Estado*. Obviamente Rousseau vio en el Estado la expresión de la voluntad popular¹² y no la expresión de intereses de unas elites. Y aunque ve que la propiedad privada es también el origen de las reales desigualdades entre los hombres, plantea la solución a estas contradicciones en el campo de lo jurídico y político, como producto de compromisos, de un contrato entre los hombres. Indudablemente que la “*conciencia posible*” para su época no daba para más¹³. Por eso es que no se puede acusar a Rousseau de haber sido el artífice de las formas autoritarias de gobierno, que llegarían con el ascenso de la burguesía al poder. Su obra no estaba destinada a mostrar las contradicciones sociales que surgirían después, sino a rechazar las teorías de origen divino y natural de la desigualdad entre los hombres. No obstante, a diferencia de los pensadores cristianos que defendieron la libertad, Rousseau supera el marco teológico-humanista de estos, al partir de conceptos más objetivos, como son los de *división del trabajo y propiedad privada*. Las ideas de

¹⁰ Aristóteles piensa que la naturaleza exige un orden que subordina lo imperfecto a lo perfecto. Este principio nos explicaría la sujeción del cuerpo por el alma y el dominio del macho sobre la hembra. Estos principios impuestos por la naturaleza son los que llevan a que para el buen ordenamiento de la sociedad, los más sabios dominen a los bárbaros. Estos últimos, faltos de razón, debido a lo cual solo pueden emplear su cuerpo, se beneficiarían más siendo esclavos que hombres libres.

¹¹ Fray Bernardo de Mesa, recibe esta doctrina del maestro y sin dudar un ápice la retoma y la desarrolla aún más: toma en cuenta la situación de las Antillas y señala “que los indios habitantes de esas islas no tienen perseverancia en la virtud, por ser la luna señora de las aguas, (.....) la luna inclina a los insulares a hábitos viciosos”.

¹² “...En lugar de volver nuestras fuerzas contra nosotros mismos, reunámoslas en un poder supremo que nos gobierne según sus sabias leyes, que proteja a los asociados, rechace a los comunes enemigos.....”

¹³ De haber invertido los términos proponiendo soluciones en la base y no en la superestructura, hubiera sido Rousseau y no Marx, el fundador del materialismo histórico.

Rousseau como las de los otros pensadores de la ilustración no son entonces la continuación del pensamiento de los defensores de la libertad en el siglo XVI. Son una verdadera ruptura. Ruptura de cadenas. No sencillamente de aliviarlas: los pensadores cristianos se rebelaron contra los vejámenes que se les dio a los esclavos, que no contra la esclavitud misma. En el católico imperio español era legal la trata de esclavos y en Colombia se mantuvo hasta bien entrada la era Republicana.

El naturalista francés, *George Louis Leclerc* (1707-1788), fue uno de los primeros científicos en empezar un estudio detallado de la naturaleza y costumbres del reino animal. En su historia natural, publicada en 1749, en lo que respecta a la “gran familia humana” observa que las diferencias entre las razas pertenecientes al género humano, son insignificantes en comparación a las que existen entre miembros de otras especies como el perro, el caballo. Y no habría razón para considerar que había razas humanas superiores a las otras. Este estudio le da a Leclerc el reconocimiento de la ciencia francesa, un indicativo de que los tiempos habían cambiado.

Montesquieu (1689-1755) plantea su hipótesis de que la existencia de la esclavitud se debe al desprecio que unas naciones tienen sobre otras, basadas fundamentalmente en la diferencia de costumbres. Propugna por lo tanto la necesidad de proscribir la esclavitud. Pero a diferencia de Rousseau, para el cual la libertad y la igualdad de todos los hombres es un principio universal, Montesquieu es un político pragmático y da a entender que la esclavitud puede darse en algunas regiones de la tierra, debido a que el clima influencia a los hombres de forma negativa, despertando en ella los vicios y la pereza. En Europa, el centro de la civilización el clima hace que los hombres desarrollen una idea diferente sobre el trabajo, idea que no la tienen los habitantes de países tropicales y calurosos.

Claude-Adrian Helvetius (1715-1771), a diferencia de Montesquieu, sostenía en su obra “*De L’esprit*” (que fue quemada en público por orden del parlamento, debido a sus fuertes ataques a la religión y al régimen político imperante), que el bien común –el bienestar de la población, se diría hoy–era una ley suprema para la comunidad, y que si hay hombres que adquieren el bienestar a costa de otros, se debe a la fuerza que estos emplean contra natura a otros.

Helvetius, en una obra posterior, que debía ser publicada después de su muerte, a raíz de la experiencia que tuvo con su primera obra, reflexiona sobre la teoría del clima y sobre la desidia de los hombres en algunas regiones, plateadas por Montesquieu. Parte del hecho de que efectivamente hay regiones que desarrollan más que otras las ciencias y las artes. Esto se debe a factores morales y no de que haya pueblos excepcionales en espíritu y virtud. La naturaleza es equitativa en repartir los dones que poseen los hombres, pues las gentes de ingenio con capacidades creadoras nacen en todos los continentes y en todas las latitudes. Lo que no se da por igual en todas las regiones, son las condiciones y circunstancias necesarias para desarrollar este ingenio. Esto lleva a Helvetius a colocar en contextos históricos, económicos y sociales, las causas que determinan las diferencias de espíritu entre los pueblos. Estas diferencias tienen que ver con los gobiernos y los regímenes políticos, la educación que se imparte y las ideas que tienen de el progreso, bienestar social y el prestigio que resulta de la creación material e intelectual. Consecuente

con estas ideas, plantea entonces que el nocivo espíritu religioso sea desterrado de todas las instituciones que gobiernan la vida pública de los pueblos.

A manera de conclusión de este acápite sobre la defensa de la igualdad de todos los hombres

Hemos hecho a vuelo de pájaro un recorrido por las ideas que defendieron la igualdad y la libertad de todos los hombres. De la misma manera miramos aquellas ideas que sustentaban la esclavitud y la desigualdad. Solo mencionamos a unos pocos pensadores, los más representativos. Esta rápida mirada la realizamos, pues para los propósitos de este texto son importantes los argumentos que esgrimieron en pro o en contra de la igualdad, ya que en ellos encontramos los embriones de las ideas de muchos pensadores, hacedores de opinión y políticos del siglo XX, que imaginaron la Nación colombiana.

La primera conclusión que sacamos de ese recorrido es que, después de varios siglos de negaciones y exclusiones de muchos pueblos, se fue aclimatando la idea de la *igualdad natural* de todos los hombres, convirtiéndose en el paradigma dominante en occidente durante la segunda mitad del siglo XVIII y el siglo XIX. Esta *igualdad natural* de todos los hombres se convierte en el pilar principal de los *“Derechos políticos del hombre”*. La fuerza de esta idea es la que lleva al pueblo francés a romper emocionalmente con sus gobernantes y a guillotinar a numerosos miembros de la nobleza, entre ellos al entonces rey Louis XVI, llevado al cadalso como el “ciudadano” Louis Capet.

La idea de la *igualdad natural de todos los hombres* quedó plasmada por primera vez en tierras americanas en la declaración de la independencia de los Estados Unidos de América en 1776, redactada entre otros por su más ferviente defensor, *Thomas Jefferson*. No obstante ser un seguidor radical de Rousseau, es como Montesquieu un político pragmático y acepta, ante la presión del pensamiento religioso calvinista, que *“todos los hombres son creados iguales”* y por lo tanto, están *“dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, entre ellos el de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”*. De esta forma el pensamiento religioso, presionado por su tiempo, cambia de forma de pensar y abraza el paradigma de la igualdad natural de todos los hombres, esta vez porque así lo quiere el Creador.

Nos falta, antes de mirar el tratamiento que se le ha dado en Colombia a la problemática de la diversidad étnica, mencionar a un pensador, no muy conocido en Colombia, pero cuyas ideas son de las más importantes en la defensa de la igualdad. Estamos hablando del jesuita mexicano, *Pedro Márquez* (1741-1820). Su formación como arqueólogo lo puso en contacto con las culturas indígenas precolombinas. Expulsada la Orden de los jesuitas de los dominios españoles en América, se radicó en Roma, donde escribió la mayor parte de su obra: *“Dos antiguos monumentos de la arquitectura mexicana”* Allí, con gran maestría y precisión, y adelantándose dos siglos a sus contemporáneos y al pensamiento de la iglesia, anotó los problemas del pensamiento etnocéntrico:

“De tantas naciones que cubren nuestro globo, no hay una sola que no se crea mejor que las otras, así como no hay cosa más ordinaria que el burlarse uno del otro cuando lo oye

hablar un lenguaje que no es el suyo nativo: efecto de ignorancia que se observa aún en muchos que se tienen por doctos y discretos. “

Pero el verdadero filósofo, así como no asiente a tales opiniones, así tampoco acusa inmediatamente de error a todos en un solo haz. Es cosmopolita, o sea ciudadano del mundo, tiene por compatriotas a todos los hombres y sabe que cualquier lengua, por exótica que parezca, puede en virtud de la cultura ser tan sabia como la griega, y que cualquier pueblo por medio de la educación puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. Con respecto a la cultura la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno o por que haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción –enseña la filosofía- en todos los climas el hombre es capaz de todo.

La suerte de un pueblo consistirá pues, en haber adoptado los más sabios principios para que con ellos se instruya y se ejercite su juventud, y de acuerdo con los cuales se dirija y gobierne la comunidad y cada uno de sus individuos”.¹⁴

La pluriculturalidad como fundamento de la Nación

Plantearse la cuestión de la Pluriculturalidad, supone preguntarse por el fundamento de toda convivencia humana, por los horizontes en que las comunidades y los individuos se la imaginan, por los elementos que abarca esa convivencia, por los contenidos que aceptan de otras culturas, o aquellos de los cuales tienen que despojarse para hacerla viable, y por la manera como los pueblos van identificando a otros pueblos como iguales a pesar de sus diferencias y uso de símbolos distintos para expresar problemáticas semejantes.

Pero preguntarse también por las ideas y paradigmas que históricamente han contribuido a separar a los hombres, por razón del color de su piel, su lengua, sus creencias religiosas y sus costumbres, o a acercarlos, superando prejuicios y derribando barreras ideológicas. Estos paradigmas, concebidos en otras regiones del mundo, llegaron a nuestro país para quedarse y para hacer parte de su conflictiva historia, pues se debatirían con más pasión y vehemencia, que no con objetividad y medida. El talante intransigente e intemperante de los defensores de la desigualdad de los hombres, terminó empañando el debate sobre la Nación y su composición plural, durante muchas décadas.

Lo primero que deducimos del rápido recuento histórico que hicimos antes, sobre las formas de concebir la Nación y los caminos para hacerla realidad en países pluriétnicos, es que sin el reconocimiento y restitución de derechos históricos usurpados, no es posible hablar de sujetos con capacidad para decidir sobre sus vidas y pensar su futuro.

Lo segundo es que sin sujetos con derechos restablecidos y sin apremios económicos y sociales que o coarten o restrinjan sus voluntades, no es posible entablar un diálogo intercultural (entre sujetos en igualdad de condiciones) que conduzca a la formación de una Nación pluriétnica.

¹⁴ Citado por Alfonso Méndez Plancarte, “Humanistas del siglo XVIII”, México 1941

En tercer lugar podemos afirmar que el legado cultural e institucional que heredamos de los pueblos ibéricos, impidió que se desarrollaran corrientes propias del pensamiento más acordes con nuestras realidades. El absolutismo, que en América condujo al caudillismo, negaría cualquier forma de democracia. La unión entre iglesia y Estado, conduciría a formas dogmáticas del ejercicio del poder y a que al pueblo se lo mantuviera escasamente educado.

En cuarto lugar podemos concluir, que la imagen de una América mestiza, no obstante haber tenido tantos seguidores y haber sido el ideal de muchos políticos, escritores y artistas de la talla de Bolívar, José Martí, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, los muralistas mexicanos David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, aquí en Colombia no prosperó, salvo en algunos murales de Pedro Nel Gómez.

Y no prosperó porque las elites colombianas, después de la muerte de Bolívar y la disgregación de la Gran Colombia, comenzarían a pensar la Nación colombiana a partir del componente blanco europeo, alrededor del cual debía girar el ideario de la nacionalidad. Por el contrario, prosperó la idea de que en la diversidad cultural y regional estaba el principal obstáculo para la independencia y por supuesto la construcción de la identidad nacional. Y se desechó por lo tanto el argumento de que no es negando la diversidad, sino exactamente al revés, reconociéndola y afirmándola, donde debemos encontrar las bases para la constitución de una nueva humanidad, una nueva sociedad, que lejos de dividirse internamente por sus diversas regiones, etnias y culturas, se funda para superar los estados de opresión y exclusión que han existido en Colombia.

Ya para finales del siglo XIX, las elites, tanto liberales como conservadoras no miraban con buenos ojos la existencia de regiones organizando su vida económica y política de manera diferenciada, obedeciendo a particulares patrones sociales, geográficos y culturales, al margen de los lineamientos, que para construir el Estado-Nación, venían emitiendo los centros de poder político que se conformaban en el país.

El antropólogo Armando Moreno Sandoval, en un texto sobre el tema que venimos tratando¹⁵, presenta el pensamiento de un ilustre intelectual de la época:

“en 1861 José María Samper (intelectual, político y militar colombiano), señalaba en su ‘Ensayo sobre las revoluciones’ los contrastes y la diversidad de la sociedad de aquel entonces (.....). Colombia a mediados del siglo XIX ya había logrado consolidar diferentes enclaves con cierta singularidad regional y étnica, que le servirían a la elite intelectual y política para marcar los contrastes entre las diferentes regiones y donde los rasgos raciales serían decisivos para definir su componente cultural”.

Pero estas regiones que se conformaban a partir de rasgos étnicos, iban en contravía del poder centralista que estaban construyendo las elites, ya que argumentaban que esta era la forma más expedita para la desintegración de la naciente República. La integración de la Nación se había erigido como paradigma y objetivo principal de las elites. Es así como la

¹⁵ El indio: Entre el racismo, la nación y la nacionalidad colombiana.

construcción de una cultura nacional, de una colombianidad se convierte en el principal proyecto político de estas elites. Todo lo diferente se ve como estorbo. Las culturas indígenas son catalogadas como “rezagos del pasado”, sus defensores como “apóstoles del regreso”.

De la misma manera, pero profundizando y especificando como debía ser el fundamento de la nacionalidad colombiana, piensa el geógrafo y cartógrafo *Francisco Javier Vergara y Velasco*. Este pionero, comenzó en 1901 a presentar una nueva geografía, medio y herramienta que empleó para conocer el país, sus ríos, mares, selvas y montañas. Pero también a las gentes que poblaban esa geografía, sus prácticas agropecuarias, los sistemas de intercambio comercial entre las regiones y, ante todo, su historia y sus culturas. De esta forma comenzó a imaginarse lo que podría ser lo que llamaba “*la Patria*”.

De él nos dice Moreno Sandoval que “reflexionando que lo colombiano no podía representarse en la diversidad étnica y pregonando a la vez su visión integradora, se preguntaba”:

“¿Será pues raro que en Colombia no exista aún pueblo colombiano, ni lo haya todavía en muchos años, si no se combaten las ideas separatistas y el lugareñismo que domina en las varias zonas naturales del país?”.

Y, continuaba:

*“En Colombia, salvo el barniz de la característica española, ardiente e impresionante, exagerada a veces por el clima, o la de indios y negros, no hay tipo en verdad nacional; pero si existen tipos locales que tienden a acentuarse divergiendo más y más, y ¡hay de la patria si todos los hombres entendidos no ayudan a combatir sin tregua y con esfuerzo grande tales tendencias!”.*¹⁶

Moreno concluye que Vergara y Velasco

“...al no encontrar en el mestizaje su tipo nacional, se quejaba de que el mestizaje se estaba imponiendo en el país”.

De esta forma Vergara y Velasco manifiesta la idea de que lo colombiano debía identificarse con el componente blanco europeo¹⁷.

Pero al encomio de lo blanco, como elemento constitutivo de la nacionalidad, las elites gobernantes unen las ideas de progreso y desarrollo económico, sin los cuales no sería posible encauzar un proceso civilizador, que superara los estados de pobreza, ignorancia y violencia¹⁸. En lo corrido de la mitad del siglo XX estas ideas se intensificaron de forma

¹⁶ Las citas de Moreno Sandoval las toma de: Jorge Orlando Melo: *Qué es ser Colombiano*. Lecturas Dominicales, El Tiempo, Bogotá, 23 de septiembre de 1990.

¹⁷ Como se refleja en este estribillo de la época: “*Los blancos/ somos los buenos,/ los blancos/ ni más ni menos*”

¹⁸ De que estas ideas harían escuela, nos lo señala la ley 114 de diciembre 1922, “sobre inmigración y colonias agrícolas” que en su artículo 1 dice: “Con el fin de propender al desarrollo económico e intelectual del país y al

especial, generando nuevos prejuicios hacia los pueblos indígenas y negros, caracterizados como pertenecientes a “*culturas renuentes al progreso*”. El avance de la ciencia y la técnica en los países centrales del capitalismo había deslumbrado de tal manera a nuestras elites, que la idea del *progreso*, basado en esos adelantos, fue convertido en una ideología, de acuerdo a la cual todos los pueblos deberían marchar hacia una meta ideal de la civilización. Según *Walt Rostow*, lograr esa meta implicaba haber pasado por diversos estadios de desarrollo, después del “*take off*” (despegue). Para este despegue, se necesitaría un nivel de acumulación suficiente que garantizara un desarrollo sostenido. Siguiendo este orden de ideas, la existencia de sistemas económicos colectivistas, que no están orientados por la ganancia y la acumulación, se convierten en un “lastre para el desarrollo” y en “obstáculos” para alcanzar esos ideales de civilización¹⁹. *Tomas O. Eastman*, citado por Jaime Jaramillo Uribe, usualmente soltaba perlas del siguiente tenor:

“Cuando uno de esos liberales te espete un discurso colectivista, fíjate y notarás en él muy pronto el ojo oblicuo de las razas inferiores”

Más usual de lo que creemos, en nuestro país hay más muestras de dogmatismo que de avidez por la investigación despojada de prejuicios y por la exploración de nuevas posibilidades para la convivencia, como lo muestra la patanería arrogante del señor Eastman con su mordaz y cínico chiste. Y como lo han mostrado también muchos epígonos colombianos de *Herbert Spencer*, que introdujo en las ciencias sociales el concepto que *Charles Darwin* propuso para explicar la evolución de las especies: la supervivencia biológica del más apto. Con fundamento en este concepto y cabalgando en el prestigio de Darwin, se buscó explicar porque los indios y negros estarían destinados a desaparecer.

También tuvo adeptos en nuestro país el conde *Joseph Arthur Gobineau*, (1816-1888) escritor y diplomático francés, que en un ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas, publicado en 1855, presenta su teoría, según la cual la raza aria, en especial los pueblos germánicos puros, era la que más se había destacado en todas las artes y las ciencias. Consideraba que el mestizaje era una forma de degeneración y la manera más eficaz de eliminar las facultades creadoras de los pueblos arios. Estas ideas fueron acogidas por el inglés *Houston Steward Chamberlain* (1855-1927). Su fama se regó por todo el mundo, pues en su libro “Los fundamentos del siglo XIX”, “presenta las pruebas” de la superioridad de la raza nórdica. Divulgado el libro en los Estados Unidos de América, revivió la nostalgia de los hacendados sureños por la esclavitud, dando lugar en 1915 al resurgimiento del Ku-Klux-Klan, secta que había aparecido durante la guerra de secesión en 1865 y que había sido prohibida en 1871.

mejoramiento de sus condiciones étnicas, tanto físicas como morales, el Poder Ejecutivo fomentará la inmigración de individuos y de familias que por sus condiciones personales y raciales no puedan o no deban ser motivo de precauciones respecto del orden social o del fin que acaba de indicarse, y que vengan con el objeto de labrar la tierra, establecer nuevas industrias o mejorar las existentes, introducir y enseñar las ciencias y las artes, y en general, que sean elementos de civilización y progreso.

¹⁹ Los países centrales del capitalismo se habían convertido en el referente obligado para el progreso y desarrollo económico de nuestros países. Según esta idea todos los países debían recorrer las mismas etapas para alcanzar el desarrollo. Esta visión no solo niega las singularidades propias de cualquier proceso histórico, sino que se convierte en un fundamento de la expansión del capitalismo.

Ocuparía mucho espacio hacer un barrido por todos los pensadores que bebieron en estas canteras del pensamiento racista. Vamos a mencionar unos cuantos, los más representativos, pues es necesario ver como coadyuvaron a mantener al país en el oscurantismo. Veamos pues rápidamente algunos ejemplos de intelectuales generadores de opinión, que copiando ramplonamente planteamientos del socialdarwinismo o retomando conceptos fundados en “determinismos geográficos”, justificaron el racismo hacia los pueblos indígenas y negros.

Con el concepto tan impreciso, como es el de “raza”, Laureano Gómez, en conferencias dictadas en 1928, nos habla de los problemas del país²⁰:

Sobre la raza: *“Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, indios y negros. (.....) Es en lo que podemos haber heredado del espíritu español, donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo. Pues lo que aportan los indígenas y negros a nuestra herencia son estigmas de completa inferioridad”*

Sobre el negro: *“El negro muestra un espíritu rudimentario e informe. Permanece en perpetua infantilidad. La bruma de una eterna ilusión lo envuelve y el prodigioso don de mentir es la manifestación de esa imagen de las cosas, de la ofuscación que le produce el espectáculo del mundo,.....”* Después de esta definición rimbombante sobre el negro, concluye: *“El elemento negro constituye una tara: en los países en donde él ha desaparecido, como en la Argentina, Chile y Uruguay, se ha podido establecer una organización política y económica con sólidas bases de estabilidad”*

Sobre el indio: *“.....segundo de los elementos bárbaros de nuestra civilización, ha transmitido a sus descendientes el pavor de su vencimiento, el rencor de la derrota, (.....) parece haberse refugiado en el disimulo taciturno y la cazurrería insincera y maliciosa. Afecta completa indiferencia por las palpitaciones de la vida nacional. Está narcotizado por la tristeza del desierto, embriagado con la melancolía de sus páramos y bosques.”*

Sobre el mestizo: *“El mestizo primario no constituye un elemento utilizable para la unidad política y económica de América: conserva demasiado los defectos indígenas: es falso, servil, abandonado y repugna todo esfuerzo y trabajo.”*

Sobre mestizos y mulatos: *“En los mestizos y mulatos se combinan las cualidades discordantes de los padres Las dos cosas tienen por efecto común (.....) que son fisiológica y psicológicamente inferiores a las razas componentes”*

Sobre los norteamericanos: *“Ya perdimos el istmo. (...) Ya nuestros minerales preciosos salieron del patrimonio; el único petróleo que se explota es el de los norteamericanos. Cada día adquieren algo nuestro los más capaces, los más ricos, los más fuertes.”*

Sobre la raza y el clima: *“La distribución del calor y la humedad no hace apto nuestro territorio para el establecimiento de una buena organización social. Somos especie de*

²⁰ “Interrogantes sobre el progreso de Colombia”, colección popular No. 29, Bogotá 1970

inmenso invernadero, depósito de incalculables riquezas naturales, que no hemos podido disfrutar, porque la raza no está acondicionada para hacerlo”.

Estas ideas no eran exclusivas de pensadores ultra conservadores como Laureano Gómez. También cohabitaban en el partido liberal y anidando en mentes importantes como la del destacado político y hombre de ciencia, el profesor *Luis López de Mesa*. De Mesa estudió medicina, pero se dedicó a la filosofía y a la literatura. Fue parlamentario, ministro de Educación y rector de la universidad nacional. Fue uno de los hombres más influyentes de su época, por lo que sus ideas todavía se encuentran en algunos manuales de historia, empleados en educación primaria. Sus escritos más conocidos versan sobre la formación de la nacionalidad colombiana: *“¿Cómo se ha formado la nación colombiana?”* y *“Los problemas de la raza en Colombia”*. Allí plantea la necesidad de la modernización de la sociedad colombiana y la constitución de la Nación. El negro y el indio son a su juicio los factores del atraso en el cual estaba sumida Colombia. Plantea por lo tanto la integración de estos dos grupos a una raza superior, que para él era la blanca europea y no oculta en 1937 su admiración por la raza aria, especialmente la alemana.

Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano, fue uno de sus grandes seguidores. Solía utilizar, para referirse a los pueblos indígenas, términos como *“decadencia”, “pueblos sin historia”,* que tenían una *“concepción fatalista del porvenir”*. Sin la religión estos pueblos seguirían en las tinieblas, pues *“la religión llevó al nuevo mundo el optimismo que se apoya en la redención del hombre y que faltaba en las religiones autóctonas”*. Seguidor de Vasconcelos, afirma que lo indígena debe desaparecer y que *“no tiene otra salida al porvenir que la pauta de la cultura moderna”*. Recurre al pensamiento del alemán *Oswald Spengler*²¹ (1880-1936), para afirmar con él que *“los hechos son más importantes que las verdades”*. De allí que para Gómez (hijo) la historia de América empieza con la Conquista (el hecho). Y en realidad de verdad, ya para la época en que Gómez (padre) hacía sus disertaciones sobre la inferioridad de nuestra raza, de las ideas se pasaba a los hechos: Hitler se alzaba con el poder y preparaba su limpieza étnica que llevó al holocausto de 6 millones de judíos, y en Colombia se desataba la violencia contra indígenas, negros y campesinos mestizos, que aún no termina. Y en Ciénaga (1928) se llevaba a cabo la masacre de las bananeras (el hecho), para romper la huelga de los trabajadores negros y mestizos por arrancarle mejores condiciones de vida a sus patrones de la United Fruit Company, *“los más fuertes, los más capaces”*.

Aunque hay mucha historia transcurrida, que marcaría grandes diferencias con esas ideas, todavía subyacen prejuicios provenientes de ellas, que han obstaculizado la construcción de una Nación pluricultural.

La búsqueda de la convivencia intercultural, como fundamento de la Nación.

Los períodos históricos no se caracterizan solamente por “rupturas” en la esfera de la economía. Se caracterizan también por cambios en la esfera de la cultura. Es tal vez más: los cambios culturales son los que inducen los cambios en las relaciones económicas. La

²¹ *“filósofo diletante que le rinde culto a los hechos”, al decir de Jürgen Habermas.*

ruptura cultural que se origina con la ilustración, al *abandonar todo aquello tenido por verdad hasta no ser comprobado por la razón*, lleva al derrumbe de la desigualdad natural de los hombres, sobre la cual se fundamentó la esclavitud y la servidumbre, base del poder feudal. Esto llevó al rompimiento “emocional” (por antonomasia una manifestación de la cultura) de la gente del común con sus gobernantes, conduciendo al ascenso de la burguesía al poder y a la abolición de la servidumbre. Si en el discurso político de la izquierda tradicional, de la iglesia y del capitalismo no encontramos, o vagamente percibimos, una referencia explícita a la cultura, como un componente orgánico de la reproducción social, es debido a la persistencia en estas tendencias del pensamiento, a subordinar lo cultural a lo político, lo económico o lo religioso.

En las prácticas de lo que fue el “socialismo real”, la esfera de la cultura fue colonizada por la política, truncándole su potencialidad creadora y su capacidad para pensar en tiempo futuro. En Occidente, en el mundo real del capitalismo, la cultura fue colonizada por la economía, descubriendo en ella un “valor de cambio” y convirtiéndola en una mercancía.

Con el surgimiento de una escuela etnológica en el país a comienzos de los años 40 del siglo pasado y con el pensamiento de humanistas (más que arqueólogos o antropólogos que también lo eran) de la talla de Gregorio Hernández de Alba, Paul Rivet, José María Ots Capdequí, Juan Friede, Gerardo Reichel Dolmatoff y la Pléyade de Antropólogos que ellos formaron en Colombia, comienza a emerger un discurso que reclama la importancia de las culturas de los indios y de los negros en el país, señalando su participación en la historia de Colombia y sus aportes a la formación de una identidad nacional. Estos esfuerzos académicos no han conducido sin embargo a una descolonización de la cultura, reivindicando su composición plural y se sigue hablando de una Cultura Nacional (con mayúscula), que no da cuenta de la multiplicidad de expresiones y creaciones culturales del país y que es más una especie de anhelado proyecto de una elite política, más cercana a Europa.

Con el surgimiento del actual movimiento indígena en Colombia, al calor de las luchas campesinas de los años 70 del siglo pasado, se empieza a dar un verdadero revolcón en el país, en lo que a la idea de la Nación multiétnica se refiere: con estas luchas empezaría nuestra criolla “ilustración”. Veamos de manera resumida las luchas que dieron los indígenas para buscar convertirse en verdaderos “ciudadanos” (en los términos planteados por Bolívar), y de paso replantear la problemática de la Nación multiétnica y pluricultural.

En la primera mitad del siglo pasado, el hijo de terrajeros Paeces, *Manuel Quintín Lame*, encabezó un vasto levantamiento indígena (“quintinadas”), en los departamentos del Cauca y Tolima. Uniendo fuerzas con los campesinos del Tequendama y del Sumapaz y los obreros a cuyo frente estaba Ignacio Torres Giraldo, alcanzaron a conformar un caudaloso movimiento popular de tal magnitud y reconocimiento, que las fuerzas populares decidieron nombrar a un indígena pijao, *Eutíquio Timoté*, como su candidato a la presidencia de la República.

Fuera de estos levantamientos de Quintín²², las demandas indígenas eran bastante recatadas y respondían a necesidades muy urgentes: que se les respetara sus tierras y territorios tradicionales. Se les reconociera su propiedad y se les devolviera la tierra que fue usurpada. Querían ser tratados con dignidad y solicitaban del Estado una atención a sus problemas.

Es en el Cauca con la fundación del Consejo Regional Indígena del Cauca, CRIC en 1971, que las demandas se vuelven más precisas: los indígenas comienzan a identificar a sus adversarios. La lucha ya no es por solicitar servicios, sino por exigir al Estado lo que *“históricamente y justamente le correspondía a las comunidades”*. Todas estas demandas estaban respaldadas por la ley 89 de 1890. Ante la negligencia del Estado por responder a sus demandas, los indígenas comienzan a ocupar las tierras de los resguardos en manos de terratenientes, a la vez que se niegan a continuar pagando el *Terraje*. La respuesta del Estado y los terratenientes no se hizo esperar y fueron muchos los muertos en esta movilización por la tierra y la dignidad. Todos los que han seguido de cerca de este movimiento indígena, saben de la tenacidad de estas luchas pioneras, que se enfrentaron a un mundo de incomprensiones y mares de indiferencias.

Abiertos estos primeros espacios, se fundan organizaciones regionales en Tolima, Caldas, la Sierra Nevada, los Llanos, Antioquia, Chocó, etc. Las organizaciones evolucionan, cobran fuerza, renace el orgullo étnico. Comienzan a relacionarse con otros sectores sociales: los campesinos, los académicos, los intelectuales, los partidos políticos, los sindicatos, la iglesia, los técnicos. Las pretensiones de las organizaciones se van haciendo más refinadas y complejas. Las nuevas relaciones que establecen y los amigos que las acompañan, las involucran en problemáticas más complejas que obligan a conocimientos cada vez más amplios. El lenguaje se renueva: planes de vida, seguridad alimentaria, biodiversidad, recursos genéticos, multinacionales, extractivismo, pueblo Indígena, autonomía, interculturalidad y Estado-Nación, son términos que hacen parte del actual vocabulario de las organizaciones.

Los logros alcanzados por estas luchas fueron enormes: cientos de miles de hectáreas recuperadas o reconocidas por el Estado en calidad de resguardos. Hoy los 85 pueblos indígenas que existen en el país, poseen en calidad de resguardos cerca de 30 millones de hectáreas, o sea la cuarta parte del territorio nacional. Estas luchas, las más exitosas del continente americano, marcan un hito con la participación en la Asamblea Nacional Constituyente en 1991. Con tres constituyentes, con un ambiente favorable a sus demandas y haciendo alianzas, logran que sus derechos sean incluidos en la Constitución. Cuando los indígenas abren el espacio ganado, para que los otros grupos étnicos (negros, gitanos y raizales), también tradicionalmente excluidos por las elites, hagan visibles sus demandas, están también haciendo visible el carácter multiétnico de la Nación colombiana y de hecho construyendo la interculturalidad.

A partir de allí estos sectores excluidos, casi en solitario, comienzan a abrir el camino para

²² Aquí no hacemos referencia a los muchos levantamientos que protagonizaron los indígenas durante la conquista y la Colonia.

llamar a la vida, así sea en espacios reducidos, alternativas diferentes de institucionalidad, que sean diametralmente opuestas a concepciones centralistas y autoritarias del poder. Alternativas que le cierren definitivamente las puertas a la opresión, la humillación y la ofensa que han sufrido los pueblos. Alternativas que reconozcan la extraordinaria riqueza de múltiples expresiones de cultura indígena y negra y de proposiciones espirituales e ideológicas que se han venido originando en nuestro país, a partir de un “mestizaje fecundo” que ha vivido el pueblo colombiano. En fin, alternativas que sean una barrera eficaz a la intolerancia.

Todos los pensadores que de Colombia han sido y vivido el autoritarismo, rechazan la existencia de un solo partido decidiendo sobre la vida de una Nación. Y saben que entre más sujetos políticos tenga una Nación, más democrático y pluralista es su Estado. De igual manera consideran que en una Nación donde los pueblos indígenas, negros y campesinos gocen de los espacios necesarios para seguir desarrollándose autónomamente, es en esencia más rica culturalmente, más congruente con la realidad que vivimos en el país y más compatible con la ética universal y humanista de los principios que dan origen a las sociedades democráticas y participativas.

Próximos a celebrar los 200 años de vida republicana, los indígenas, como también los afrocolombianos, los isleños raizales y otros grupos étnicos y culturales del país, plantean de nuevo, entonces, la posibilidad de que se establezca una convivencia multiétnica y pluricultural, solidaria con la construcción de un proyecto nacional autónomo. Y la mayoría de los colombianos, estamos también convencidos que la idea de Nación no es incompatible con la existencia de regiones diversas, organizando su vida social, económica y cultural de acuerdo a sus características y particularidades geográficas, culturales y ecológicas. Esta idea también es viable a nivel político, pues en Colombia los grupos étnicos no han planteado la segregación de la Nación colombiana. Han exigido unos márgenes de autonomía en la orientación de su futuro y en el control de sus territorios, que son necesarios para garantizar la reproducción física de sus pueblos y conservación de sus identidades.

Pero falta mucho camino por andar, para que ese tipo de Nación con la cual nos identifiquemos todos, sea una realidad:

Primero, necesitamos ejercitar la democracia. *Friedrich Nietzsche* decía que la democracia era un asunto para los débiles. Esta idea, en las manos del avieso *Joseph Goebbels*, serviría de sustento al proyecto de dominación Nazi. Sin embargo, Nietzsche tenía razón, pues los débiles necesitan practicar la democracia si algún día quieren ser fuertes. Ningún grupo puede entonces imponerle su voluntad a los otros sin poner en peligro la unidad. Así no se construye interculturalidad ni sociedades democráticas. La democracia es un principio fundamental de la interculturalidad y la convivencia.

Segundo, aunque después de la Constituyente del 91, los diferentes pueblos tradicionalmente excluidas (negros, indígenas y campesinos), han tenido un notorio acercamiento en términos políticos, son la tierra y sus recursos factores significativos de

disociación, que alteran las condiciones para la convivencia.²³ Estos conflictos que se derivan de la competencia por los recursos territoriales, son reconocidos y debatidos abiertamente por las dirigencias de estos pueblos, aunque en el río y en el monte, donde están las comunidades, la cosa sea diferente. No sucede lo mismo con los conflictos que se derivan de las diferencias culturales o religiosas. Aquí la dirigencia y las organizaciones no aceptan que se debatan los problemas culturales que se presentan al interior de sus comunidades, pues consideran que estos son asuntos propios de la cultura, que no admiten intromisión alguna.

Tercero, categorías antinómicas como *interno/externo*, *dentro/fuera*, y *propio/ajeno*, son útiles para indagar grados de aculturación o pérdida de autonomía de un pueblo. Pero colocar demasiado acento en los primeros, menoscabando los segundos, puede conducir a una exacerbada autonomía, que cierra las puertas al otro y por lo tanto a la construcción de la interculturalidad, cosa que es altamente inconveniente en regiones multiétnicas. Allí la interculturalidad es necesaria, no solo para defender los intereses globales de la región multiétnica, sino porque que hoy sabemos que históricamente ningún grupo humano, pueblo o sociedad, ha podido avanzar y reproducirse, nutriéndose de su propio sustrato. El aislamiento conduce en el mejor de los casos, al estancamiento.

Cuarto, La interculturalidad es vida, es práctica. No sólo saber, sino proceder. La multiculturalidad, la existencia de muchas culturas, es una realidad de nuestro país. La interculturalidad es una realidad por construir. Pero construir la interculturalidad no es un camino fácil. Tomando lo que decía *Gaston Bachelard* para la educación, que “*para aprender, primero hay que desaprender*”, para la interculturalidad, para entender al otro, para convivir con los otros, los diferentes, hay que despojarse de muchos prejuicios aprendidos.

La interculturalidad es diferente al biculturalismo, o sea, vivir dos mundos al mismo tiempo, como sucedería a niños negros que viven en regiones indígenas, donde el cabildo los obligara a practicar las costumbres indígenas, además de las propias, o viceversa. Cuando hablamos de interculturalidad, estamos hablando de una cultura que apropia y se enriquece con elementos de otras culturas y que en aras de construir una convivencia, prescinde de aquellos elementos circunstanciales y no esenciales de su cultura, que afecta a los otros.

Para iniciar un proceso intercultural se requiere un diálogo entre iguales y entre culturas con capacidad de decisión, sin que medie algún tipo de coacción. Es decir no hay interculturalidad sin cimientos (sin poseer un núcleo sólido de expresiones culturales propias que le confieran identidad al grupo), como tampoco se construye interculturalidad si ese grupo no abre sus ventanas a los demás para permitir la interacción. La divisa sería *construir un futuro que sea propio y a la vez abierto a los vecinos*.

²³ “Existen muchos espacios de colisión entre los grupos: La competencia por los recursos del territorio que ofrecen los suelos, bosques, manglares, ríos, ciénagas y mar; el hecho de estar o no vinculados a cultivos ilícitos; el ubicarse en contextos geográficos vitales muy diferentes (río arriba o río abajo); la propia ética ecológica de cada grupo de población, etc. Se trata de diferencias que a veces significan más (para unir o para distanciar) que las propias diferencias étnicas”. Pedro García Hierro. Mimeo, Bogotá 2005.

No se construye interculturalidad si se tiene una visión simple del otro, o no se lo acepta como igual. Esto se da a menudo en pueblos que como los indígenas, están orgullosos de sus luchas y sus ejecutorias, y han fortalecido sus organizaciones y sus identidades. Tienden a pensar que ellos son los que tienen una verdadera identidad, mientras que los otros, por ejemplo los campesinos, carecerían de ella. Estos esencialismos conducen a oposiciones, lo que lleva a bloquear cualquier proceso de búsqueda de la interculturalidad.

Quinto, muchos pueblos debido al desconocimiento autoritario que han sufrido por parte de las elites, responden a menudo con fundamentalismo. El fundamentalismo es un producto del autoritarismo, pero también la forma que a menudo se adopta para responder al autoritarismo. Pues cuando un discurso, ya sea cultural, religioso, racista o guerrillero, busca subordinar la totalidad de la realidad social a su punto de vista, corre el riesgo de recibir respuestas del mismo tenor. El fundamentalismo no es un buen consejero para establecer un diálogo intercultural.

Las ideas sobre la interculturalidad que nos llegan de Europa

En Europa es donde se ha avanzado más en el estudio de la problemática de la interculturalidad en países multiculturales. Aquí no se trata de copiar formulas, pues cometeríamos el error que hemos venido criticando de adoptar modelos surgidos en contextos socioculturales y económicos diferentes. Queremos solo mostrar estas ideas y los contextos en que han surgido, con el fin de enriquecer nuestros análisis y poder estructurar nuestra problemática para entender y manejar los conflictos que se derivan de la multiculturalidad.

En Europa, entre el atentado del 11 de marzo del 2004 en Madrid, las caricaturas danesas del profeta Mahoma y la alocución del Papa en Regensburg dos años después, han sucedido muchos conflictos de naturaleza cultural, con consecuencias violentas: A finales del 2005, explotó en París una revuelta de jóvenes musulmanes. Esta "intifada" en el corazón de Europa, tuvo orígenes culturales y religiosos. Sin embargo, para los que tenemos una biografía de izquierda, no nos era fácil buscar por fuera de la economía la explicación para estos levantamientos y éramos renuentes a percibir otras razones menos tangibles, más espirituales. Un hecho de menos resonancia pero que sacudió los cimientos de la multiculturalidad de la sociedad holandesa, se produjo cuando el "creyente" musulmán Mohammed Bouyeri de nacionalidad holandesa, mató al "no creyente" pintor de su misma nacionalidad, Theo Van Gogh en noviembre del 2004, por razones religiosas.

¿Cuáles han sido las conclusiones que han sacado los europeos de los conflictos que se derivan de la multiculturalidad, es decir, de la existencia de culturas diferentes en un mismo espacio? Dicho de otra manera: ¿cómo es que se han imaginado la compaginación de la pluralidad cultural con la unidad de un orden social?,

Empecemos diciendo que han perfilado su bagaje conceptual, diferenciando el *multiculturalismo* de la *pluriculturalidad*.

La *pluriculturalidad* sería la alternativa al *multiculturalismo*.

Para entender esto miremos la definición de los dos conceptos y sus diferencias. El sirio *Bassam Tibi*, profesor de relaciones internacionales de la universidad de Göttingen (Alemania), explica el *multiculturalismo* mostrando las etapas de formación de este “pensamiento”: En una primera etapa se parte de la realidad de que existen varias culturas en un mismo espacio. En una segunda etapa se acepta que estas culturas requieren un reconocimiento constitucional. Hasta allí, nos dice Tibi, todo anda bien, hasta que vemos la tercera etapa del planteamiento del multiculturalismo, el cual exige que las diferencias culturales se eleven a la categoría de derechos fundamentales (o naturales). Esta tercera fase del planteamiento multiculturalista no es del todo aceptable, ni tiene fundamento político, pues implica que en un mismo país existan varios derechos fundamentales, derivados de valores culturales que pueden estar en abierta contradicción.

La diferencia entre los dos conceptos, es que la *pluriculturalidad* reconoce la diversidad cultural, pero establece una condición: para garantizar la armonía y la convivencia entre las diferentes culturas en un mismo espacio, es decir para que se desarrolle la interculturalidad, debe aceptarse un *consenso de valores* que delimite los derechos que emanan de una diversidad cultural que en principio no tiene límites. Los valores que han ganado consenso en nuestra Colombia multicultural, pertenecen todos aquellos que tienen que ver con la *democracia*, la *secularidad* y los *derechos humanos individuales*. El planteamiento pluricultural amarraría así la diversidad cultural a un orden de valores, promoviendo la convivencia, en contraposición de la ideología multiculturalista que pone barreras y obstruye cualquier acercamiento intercultural.

La puesta en práctica de las premisas multiculturalistas (o multiétnicas para hablar en los términos que habla la Constitución Política de Colombia de 1991), dan como resultado *sociedades paralelas*, o conducen a la creación de tantas Naciones como grupos étnicos haya en el país, conduciendo a que se aleje una vez más la posibilidad de construir la Nación pluricultural y democrática que anhelamos. Y decimos construir una Nación, porque hasta ahora no existe. En este sentido discrepamos de los seguidores de la teoría de la *liberación nacional*. Pues la Nación no es un paraíso secuestrado que hay que liberar, sino un horizonte por conquistar.

Sin embargo construir la Nación no es un puerto de llegada. Es un punto de partida para conquistas de más envergadura como la de “recuperar” el Estado, que tradicionalmente ha servido a intereses elitistas y porque ha perdido, con la apertura económica neoliberal, gran parte de su soberanía. Este Estado, para que sea verdaderamente democrático, no solo debe direccionar la economía de acuerdo a los intereses de toda la colectividad y recuperar su soberanía, sino que tiene que ser reformulado teniendo en cuenta la realidad sociocultural de la Nación, que es diversa. Es en esta diversidad donde debemos encontrar las bases para la constitución de un Estado-Nación, que lejos de dividirse internamente por sus diversas regiones, etnias y culturas, se funda para superar los estados de opresión, explotación y

exclusión que existe en nuestro país²⁴. Y este tipo de Estado es posible no solo en teoría. También lo es en la práctica, pues los indígenas y los negros no están reclamando cosas imposibles o inaceptables en materia de derechos. Demandan dentro de ese Estado un margen aceptable de autonomía que les permita el control económico, social, cultural y por supuesto, político y jurídico sobre sus territorios. La Constitución de 1991 abrió las puertas para hacer esto posible. No juegan limpio los amigos de mantener un Estado autoritario y excluyente, al afirmar que de decantarse consecuentemente estos principios constitucionales, se estaría propiciando la desintegración de Colombia. Porque es precisamente al revés: al desconocer el Estado las demandas de autonomía de los grupos étnicos y mantener la exclusión social y política, está contribuyendo de forma deliberada a la dispersión organizativa de estos pueblos y propiciando la fragmentación de sus territorialidades. Ante todo generando un clima de inconformismo que sí pone en riesgo la unidad nacional, como se viene experimentando en varias regiones del mundo con levantamientos y rebeliones étnicas contra la exclusión, que tumban gobiernos y amenazan con despedazar Estados nacionales.

Álvaro Uribe Vélez y la Nación pluriétnica

No podíamos terminar este texto sin preguntarnos ¿y ahora qué sigue?

Aunque el presidente Uribe en sus alocuciones no se ha referido a la forma de entender la pluralidad cultural y la Nación, si podemos intuir su pensamiento. Cuando hace alusión a la Patria es notorio el pertinaz objetivo de ocultar su composición plural y de simplificar la problemática que viven los indígenas, los negros y los campesinos. Para el presidente Uribe no existen campesinos pobres ni terratenientes. No hay indígenas, mestizos ni negros. Su discurso no contempla sectores sociales que se diferencian por sus culturas y por su posición en la estructura social. No hay intereses particulares ni específicos de estos sectores. Para Uribe el campo está conformado por sectores funcionales. Sólo hay agricultores y ganaderos. No existe una intolerable concentración de la tierra y se han desterrado del lenguaje oficial términos que aludan al conflicto de intereses. Por lo tanto la movilización política en defensa de derechos tiene connotaciones negativas, equiparables a acciones tendientes a desestabilizar al Estado, o a acciones promovidas por el terrorismo. Para el gobierno sólo son viables las acciones técnicas para resolver la problemática del agro colombiano. Y para esto Uribe Vélez, rodeado de un cuerpo de expertos y tecnócratas define las acciones, organiza todo, ordena todo y decide todo desde la presidencia.

Ante todo está realizando un ordenamiento económico, jurídico y político del país. Este ordenamiento se realiza en función de un orden global de desarrollo, cuya expresión máxima la constituye el modelo neoliberal de la economía, con todos sus graves efectos sobre las demás dimensiones de la existencia humana. Un derecho que recusa el modelo neoliberal es el derecho territorial colectivo de los pueblos indígenas y negros, pues los principios en los cuales se fundamenta la ideología liberal, tienen como base la autonomía del individuo sobre la comunidad. La propiedad colectiva aterra a los liberales. No de otra forma se entiende la alergia que le produce a Uribe Vélez las 'Reservas Campesinas' y

las autonomías colectivas basadas en la tradición y la costumbre. El neoliberalismo no es entonces un sistema pluralista que acepte la diversidad de pensamientos como fundamento de un Estado democrático. No dudamos en afirmar que de la resolución de este antagonismo va a depender el futuro de los pueblos indígenas negros y campesinos de Colombia y es siguiendo este orden de ideas que consideramos que el país pluricultural que comenzamos a soñar con la “Campaña de autodescubrimiento de nuestra América” y que vislumbramos con los logros constitucionales en 1991, duerme hoy el sueño de los justos y tendrá que esperar mejores épocas y mentes más abiertas para realizarse .

Por el momento tendremos que seguir manteniendo viva la idea de la Nación pluriétnica y seguir haciendo camino para hacerla realidad. Con ese fin surgió La “*Escuela de formación Interétnica para la resolución de conflictos*”, en la cual participan indígenas nasa, eperara siapidaara, wounaan, negros, y campesinos del Pacífico y otras regiones país. En esta escuela interétnica ha muy importante la participación de los campesinos. La identificación afectiva de negros e indígenas con ellos, ha conducido a que en la escuela interétnica haya un inusitado interés por indagar más sobre la identidad de este grupo. Cuando en Colombia se habla de “grupos étnicos” se está haciendo referencia a los pueblos indígenas y negros, a los gitanos y a los raizales de San Andrés islas . La escuela considera que es necesario debatir, si este calificativo de pueblos o grupos étnicos no debería extenderse a los campesinos, como sucede en Chiapas o Guatemala, donde las luchas han conducido a que los campesinos sean considerados como un grupo étnico más, para acortar distancias culturales y derribar fronteras étnicas con el fin de buscar la unidad. Aunque en Colombia esta discusión no se ha dado, la apreciación que tenemos es que en el Cauca, por sus particularidades de región pluriétnica y por el perfil y desarrollo de sus luchas, se dan condiciones que favorecen una perspectiva política que difumina las fronteras étnicas. De hecho la realidad muestra que en esa región, más que en otras, a las luchas de los indígenas, se han venido uniendo campesinos blancos, mestizos y negros, no sólo por la necesidad de la tierra, sino también por una creciente identificación con las luchas que desarrolló el CRIC²⁵. Los indígenas por su parte, descubren en campesinos blancos, mestizos y negros un pensamiento telúrico y una identidad cultural, que aunque diferentes, son un punto de encuentro para el desarrollo de la interculturalidad y para establecer con base en ella las necesarias estrategias y alianzas para la defensa de la vida.

Para la región del Naya y del Bajo San Juan son de gran relevancia estos acercamientos y “mestizajes”²⁶ culturales y políticos, pues señalan caminos para reducir las tensiones y

²⁵ Pareciera que los indígenas en el Cauca, al compartir sus espacios organizativos con los campesinos, estuvieran saldando una deuda histórica, pues no hay que olvidar que las exitosas luchas indígenas del Cauca, en esta última etapa de movilización indígena, surgieron y se nutrieron a comienzos de los años 70 del siglo pasado, de las luchas campesinas por la tierra.

²⁶ Más que de un “mestizaje” se trata de una identificación con un proyecto político. Algo diametralmente opuesto al proyecto de la elite, que ha visto en la eliminación de la diversidad de identidades por medio del mestizaje, una condición para la fundación de la Nación.

polarizaciones entre los grupos, que posibiliten juntar los esfuerzos y voluntades para construir un proyecto social y político común, basados en principios democráticos.

Pero para echar a andar un proceso intercultural, todavía hay mucho camino por recorrer y también obstáculos internos por superar. El primero de ellos es que las organizaciones requieren, lo decimos con franqueza, renovar sus liderazgos. Liderazgos que sean receptivos a nuevas ideas. Liderazgos que le impriman a sus movilizaciones un marco más coherente y más acorde con la realidad que vivimos. Los conceptos de autonomía, territorio, cultura son banderas que unificaron las luchas indígenas. Empero son hoy insuficientes, para enfrentar los nuevos poderes generadores de desigualdad, que tienen que ver con la transnacionalidad de las decisiones económicas que impone la globalización neoliberal.

El segundo obstáculo es el miedo a perder la identidad y el determinismo de lo propio y autóctono de su historia particular, un miedo que impide entender las condiciones de existencia de los otros, sin lo cual es imposible unirse con los diferentes y compartir con ellos proyectos comunes. Para decirlo en palabras de un amigo de indígenas y negros:

“Perder el miedo a enfrentar la tarea de construir una estabilidad en la inestabilidad, que implica el ejercicio mimético de los seres humanos de “danzar entre la similitud y la diferencia” (Michael Taussig).